

DOS CARMELITAS, BEATIFICADOS RECIENTEMENTE EN TARRAGONA, VIVIERON EN VALLELADO

Ángel Fraile de Pablo

Discurría el año 1918, cuando Dña Gregoria Antón era destinada a Valledado como maestra. Fue un año de fatídicas noticias, pues estábamos inmersos en una guerra a nivel mundial, y para colmo de males nos vimos sorprendidos por una pandemia de gripe que afectó de forma muy importante a nuestro pueblo. Del total de los 50 fallecimientos que se produjeron en todo el año 1918 en Valledado, 28 fueron como consecuencia directa de la epidemia de gripe. Podemos imaginar el pánico general, pues todos estos fallecimientos se produjeron en poco más de un mes. Injustamente la epidemia fue conocida a nivel mundial como "La gripe española".

Dada la gran mortalidad que produjo, los más mayores todavía la recuerdan como "la peste del 18". En este año, Valledado contaba con unos 874 habitantes .

No llegaba a Valledado Dña. Gregoria, en un buen momento, ni para ella ni para el pueblo. Esta mujer que contaba con 40 años, maestra de niñas, acababa de quedarse viuda por segunda vez, estando destinada en Navaceda de Tormes (Ávila). Llega con tres niños: Ascensión, la mayor, de 10 años, fruto de un anterior matrimonio, y Daniel y Aurelio, estos dos hijos de su segundo matrimonio con Mariano García y con tan solo 5 y 2 años respectivamente, que habían nacido en Navaceda de Tormes (Ávila).



Doña Gregoria, era natural de Segovia. Su primera hija, Ascensión, nació en Santo Domingo de las Posadas, un pueblecito de Ávila cercano a Martín Muñoz de las Posadas. Su primer marido, José Montenegro, fallece accidentalmente al caerse de un caballo, quedando viuda y con una niña de pocos años.

Las circunstancias obligan, y estando ejerciendo como maestra en Navacepeda de Tormes, conoce a Mariano García Carretero, con el que contrae matrimonio. De esta unión nacen DANIEL Y AURELIO. Desgraciadamente, cuando eran solo unos niños vuelve a enviudar, estando esperando su cuarto hijo. Las penalidades persiguen a esta mujer, pero todavía le esperaban otras, más duras si cabe.

Ya en Valledado, nace su cuarto hijo, que viene al mundo en el mes de marzo de 1919. Es bautizado y recibe el nombre de Mariano en honor a padre recién fallecido. Pero esta alegría dura poco, pues el infante muere a los pocos meses de vida. Otro duro golpe para esta sufrida mujer que ve como la vida le maltrata.

Gregoria, se encuentra sola en Valledado, teniendo que alimentar tres bocas, en una época de grandes dificultades económicas. No olvidemos que, un maestro o maestra, en aquellos años ganaba solo para poder ir sobreviviendo, haciéndose realidad aquel triste dicho ...*"Pasar más hambre que un maestro de escuela"*.

La difícil situación de Dña Gregoria, viuda y con tres niños, hace que su familia, intente echarle una mano, pidiéndole que se vayan a vivir a Segovia donde le ayudarán, a sacar los hijos adelante, no en vano su familia tenía posibilidades económicas para ello. El orgullo y el amor propio de esta dura mujer no admite tal solución y declara que sacará adelante a sus hijos con su trabajo de maestra.

Esta familia, de raíces cristianas, acude andando desde Valledado, los domingos y días festivos, hasta el santuario del Henar, donde oyen misa.

La comunidad Carmelita acababa de instalarse en el año 1924, en el Santuario del Henar que se encontraba hasta entonces en un lamentable abandono. Esta llegada de los Carmelitas, supuso un gran acontecimiento religioso en toda la comarca de Cuéllar, para que se incrementase la devoción a Nuestra Señora del Henar. La imagen del Henar, talla del siglo XII, se encontraba en unas dependencias semiabandonadas, pero que a lo largo del tiempo fue transformándose en un complejo que albergará a la comunidad que acababa de instalarse y que hasta nuestros días, gracias a Dios, se ha seguido manteniendo. Durante años el santuario ha congregado a los vecinos y devotos de multitud de pueblos de Segovia y Valladolid e incluso la devoción a la Virgen del Henar es conocida en toda Castilla y León.

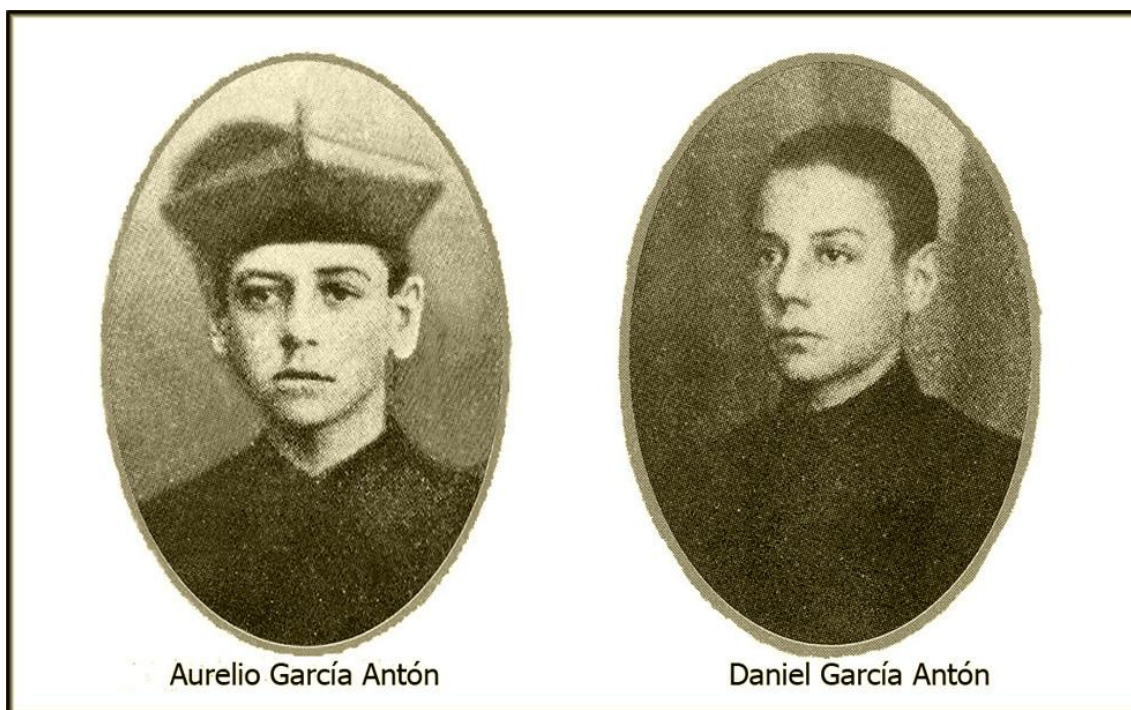
Daniel y Aurelio, los hijos varones de Dña. Gregoria, se familiarizan con este santuario donde acuden regularmente con su madre y su hermana, entablando una firme amistad con los Padres Carmelitas, y especialmente con P. Alberto Marco superior de la Comunidad y con P. Rafael Sarria.

Poco a poco surge la vocación Carmelita en Daniel, el mayor de los hermanos, que desde muy joven, casi un niño, tiene claro que quiere ser uno más de esa comunidad, y así se lo manifiesta a su madre y hermanos, cuando aún no había cumplido los 14 años.

En octubre de 1927 Daniel ingresa en el seminario menor de Villarreal (Castellón). Dos años después, toma el hábito de novicio de la orden en Onda (Castellón). Con 17 años hace la profesión simple, el 14 de julio de 1930.

Aurelio que había llegado a Vallelado con dos años, vio como su hermano Daniel de 14 con quien jugaba y convivía, ingresaba en el Henar. Aurelio se queda solo en casa, con su hermana y su madre. Esta fuerte relación que tenían los dos hermanos, influyó para que en el año 1928 Aurelio con 12 años, decidiera seguir el mismo camino e ingresar también en el seminario de Villarreal, para prepararse para la vida religiosa.

D^a Gregoria y su hija Ascensión quedan tristes y solas, en Vallelado, al ver como sus dos hijos varones ingresan en el convento carmelita cuando eran unos niños. Este duro hecho, de alguna manera, supuso una cierta liberación para la familia en unos tiempos difíciles, a la hora de mantener a tres hijos con un pequeño sueldo de maestra. Quedarse viuda una mujer en aquellos años, era más que una desgracia, pues corría peligro la subsistencia familiar, y casi por obligación tenían que contraer matrimonio de nuevo, para poder salir adelante. Esta sufrida mujer había perdido hasta entonces dos maridos y sus dos hijos abandonaban el hogar.



La difícil situación política del año 1931, con un anticlericalismo radical que se había instaurado en España, con la quema de las iglesias y la persecución religiosa, hizo que estando el joven Daniel en el convento de Caudete (Albacete) siguiendo sus estudios de filosofía, fuera expulsado con todos sus compañeros, de dicho convento, como medida de seguridad, regresando todos a casa con sus familias.

Este clima antirreligioso, no impidió que Daniel siguiera hacia delante con su vocación, pues tenía muy claro que quería ser Carmelita, y el mismo consideraba esta vocación como lo más grande que le había sucedido en la vida. Al poco tiempo, cuando

pudo, regresó al convento de Onda para seguir con sus estudios y su preparación para tomar los hábitos.

Otro tanto le ocurrió a su hermano Aurelio. Acababa de proclamarse la república, y en junio de 1931 terminaba sus estudios de Humanidades, pero dado el difícil ambiente reinante no pudo iniciar el noviciado y fue enviado a casa de sus padres junto con sus compañeros, por el peligro que suponía seguir en el convento. Tan solo tenía 15 años de edad. Al igual que su hermano Daniel, no aguantó mucho en casa, pues a los pocos días se incorporó de nuevo al convento del Henar, tomando el hábito de novicio el 22 de noviembre de 1931. Hizo la profesión simple con 16 años, en el Santuario del Henar, en enero de 1933.

Como ocurre en otras familias, Daniel y Aurelio tenían un carácter muy diferente. Aurelio, el más joven, era de corazón compasivo, cariñoso, abierto y muy alegre con todos sus compañeros de estudios y con todos los hermanos de la comunidad. Destacaba por una gran capacidad para los estudios y se le daba muy bien la música, formando parte en sus primeros años del coro del Santuario del Henar.

Daniel, el mayor, era un joven serio y aparentaba más edad de la que tenía en su forma de comportarse, *"parecía todo un hombre"*. Era formal, discreto y muy cumplidor en sus obligaciones y normas religiosas. Aunque no tenía tanta facilidad para los estudios como su hermano, poseía una gran tenacidad y aprovechamiento del tiempo.

Los dos hermanos coincidieron en el seminario de Onda para seguir sus estudios religiosos, junto con más jóvenes que tenían su misma inquietud religiosa.

El 27 de julio de 1936, recién declarada la Guerra Civil, son arrestados por las milicias, en el convento del Carmen de Onda en Castellón, junto con toda la comunidad Carmelita, compuesta por unos 30 religiosos, la mayoría jóvenes menores de 20 años. El ambiente reinante en Onda en el año 1936, era contrario a los religiosos y ya sabían de las dificultades que podían tener, como así fue. En plena noche llegaron las milicias al convento. Después de vejaciones y registros, los jóvenes religiosos, son obligados a salir del convento, todos ellos vestidos con ropa seglar. A todos se les proporcionó un salvoconducto que teóricamente debería servirles para viajar y llegar cada uno a su domicilio familiar, o al menos para cruzar la llamada zona roja donde les había sorprendido la contienda civil. Fueron enviados a Valencia, pero antes de llegar a su primer destino son reconocidos por los milicianos, que ya estaban avisados de su llegada, gritándoles e insultándoles para detenerles, pero al fin llegaron a Valencia. Desde allí, no pudieron seguir viaje a Madrid de momento, porque fueron reconocidos como frailes y arrestados e interrogados en la misma estación. Todos los arrestados son llevados a la Jefatura de policía para poder ser detenidos, pero como no había ninguna acusación ni prueba contra ellos tuvieron que dejarles libres. Varios de los religiosos naturales de la zona de Valencia se quedaron en su tierra, pero los que procedían de Castilla siguieron viaje en tren hasta Madrid, con un salvoconducto que les llevara a sus lugares de origen. Todo el grupo eran optimistas de que lo peor había pasado. Llegaron

a la estación de Atocha por la mañana temprano. Uno de los jefes de la milicia que les había protegido durante su viaje hasta Madrid, ordenó les condujesen a la estación del norte, despidiéndose de ellos. Del grupo original que salió de Onda, quedaban 12 compañeros procedentes de Castilla, entre ellos los hermanos Daniel y Aurelio García y Adalberto Vicente, natural de Cuéllar.

Al llegar a la estación del Norte, les comunicaron que se habían suspendido todas las comunicaciones por tren y carretera con Castilla debido a los combates en el frente de Guadarrama. Las cosas empezaban a complicarse. Los milicianos les incitaban a que pronunciasen gritos revolucionarios pero no lo consiguieron. De nuevo fueron arrestados y confinados en un albergue para mendigos. En este albergue estuvieron un grupo de 9 religiosos, desde el 28 de julio al 14 de agosto. Después de pasar por el Gobierno Civil y Ministerio de trabajo, fueron conducidos hasta un colegio de Ciegos en Vista Alegre, donde se encontraron a gusto atendiendo y compartiendo con los invidentes, que allí estaban reclusos, y recibiendo una buena atención por parte de los religiosos.

El 16 de agosto fueron reunidos por los milicianos para tomarles otra vez filiación, cosa que ya habían hecho anteriormente cuando rellenaron una ficha de cada uno. Esto les hizo pensar que algo raro estaba ocurriendo, aunque ya ellos sospechaban que nada bueno les esperaba, y que su vida estaba en peligro.

El 17 de agosto, sobre la media noche, cuando todos estaban acostados, entraron en el dormitorio un grupo de milicianos, armados y dando grandes voces, obligándoles a levantarse y vestirse rápidamente, diciéndoles que les llevaban a la Dirección General de Seguridad. Todos se temieron lo peor. Tres de los más jóvenes del grupo fueron apartados y llevados a la casa del pueblo.

Los otros ocho fueron obligados a subir a un camión, y conducidos hasta las tapias del cementerio de Carabanchel Bajo. En este grupo se encontraban los hermanos Daniel y Aurelio, el cuellarano Adalberto Vicente, tres jóvenes novicios de Pajares de la Lampreana (Zamora), así como otros dos procedentes de la provincia de Burgos .

Los 8 jóvenes seminaristas, fueron bajados del camión junto a las tapias del cementerio, y allí fusilados en plena noche, siendo sus únicos testigos sus verdugos. Los cadáveres permanecieron expuestos, a las miradas durante todo el día, y hasta les despojaron de sus ropas quedando desnudos. Su único delito había sido ser religiosos.

Dada la confusión del momento que se estaba viviendo en España, las noticias serían inciertas, y pasarían días hasta que Dña Gregoria que se encontraba entonces destinada en Puras (Valladolid), se enterase de la muerte de sus dos hijos. Si habían sido pocos los sufrimientos de esta pobre mujer, a ellos había que añadir la muerte violenta de sus dos hijos, sin ninguna justificación. Esta noticia, acabó de trastornar la mente de esta mujer que tantos sufrimientos había padecido hasta entonces. En un principio era incapaz de creer lo que les había ocurrido a sus dos hijos carmelitas. Tanta desgracia no podía ser asimilada. Los sufrimientos hicieron que perdiera parte de sus facultades,

cosa por otra parte explicable. Durante días y días, Gregoria salía a la hora de llegada al pueblo del coche de línea, con la esperanza que en algún momento aparecieran sus dos hijos, pero nunca vio cumplida su ilusión. Aquellos que convivieron con ella en Puras, dicen que nunca se recupero de este golpe tan duro. No hay mayor desgracia para una madre que perder a sus hijos de una forma trágica, fruto de la barbarie humana. Gregoria ya no volvió a ser una persona equilibrada y normal. Falleció de pena en Puras en 1941 cuando tenía 63 años de edad.

Los cadáveres de los 8 novicios fueron enterrados en el cementerio de Carabanchel en dos tumbas separadas. Terminada la guerra, en julio de 1939, se colocaron dos lápidas en las tumbas con el nombre de cada uno de los que allí reposaban.

En 1950 , se extrajeron los restos de los 8 mártires carmelitas, que se hallaban en Carabanchel, siendo trasladados hasta el santuario del Henar. Allí fueron recibidos por la comunidad carmelita y por numerosos fieles de Cuéllar y familiares. El Padre General de la orden Carmelita presidió un solemne oficio de difuntos, siendo depositados posteriormente los restos en el cementerio de la comunidad. Actualmente los restos de estos mártires están depositados en un sepulcro situado en el claustro del santuario con los nombres de cada uno de ellos, y al lado un cirio encendido.



El 13 de octubre de 2013, han sido beatificados en Tarragona, 522 mártires de la guerra civil., la mayoría de ellos religiosos. Entre ellos figuran los hermanos Daniel y Aurelio García, otros 6 compañeros más y el P. Alberto Marco que fue asesinado en Paracuellos del Jarama el 24 de noviembre de 1936. Se da la circunstancia que el P. Alberto Marco, estaba de prior en el santuario del Henar, cuando ingresan los dos hermanos en el noviciado de la orden, con el entablaron una gran amistad en sus frecuentes visitas al Henar

En el mismo acto, fueron también beatificados, dos religiosos cuellaranos: Sor Martina Vázquez Gordo, que tenía 71 años y fue martirizada en Segorbe (Castellón) el 4 de octubre de 1936. Hija de las Hermanas de la Caridad que, fundó en el hospital de Segorbe, "La gota de leche", entre otras muchas obras de caridad, para atender a los más necesitados. La gota de leche tenía como misión proporcionar leche artificial para los niños de aquellas madres que no podían amamantar a sus hijos.

El otro, Adalberto Vicente Muñoz, compañero de los dos citados, Daniel y Aurelio García, también fue martirizado junto con ellos y otros cinco compañeros en las tapias del cementerio de Carabanchel. Adalberto fue el primer cuellarano en ingresar en la orden carmelita en el Santuario del Henar, con tan solo 11 años. Tenía 20 años cuando fue asesinado. Sus restos reposan en el Claustro del Henar junto con sus compañeros de martirio.

Este largo proceso de beatificación comienza en 1960. Cada caso es estudiado y contrastado con documentos, testigos y con averiguaciones que luego se envían a Roma para su estudio y comprobación por parte de la Congregación para la causa de los Santos. Por entonces era papa Pablo VI. El proceso estuvo parado en el Vaticano hasta el año 1992 que se abre de nuevo para su estudio. El 23 de octubre de ese mismo año la citada congregación da su aprobación al proceso de beatificación.

Para evitar que la historia se repita es necesario conocerla, y Dios quiera que las atrocidades que se produjeron en aquellos tristes años nunca vuelvan a repetirse.

Un recuerdo muy especial para el P. Balbino Velasco, infatigable historiador e investigador, recientemente fallecido, quien me puso en la pista, hace ya varios años, de los dos hermanos, carmelitas, martirizados en 1936, que estuvieron viviendo en Valledado, cuando su madre Gregoria Antón fue destinada allí como maestra.

Pocos días antes del fallecimiento del P. Balbino, ocurrido el 3 de noviembre de 2013, estuvimos charlando telefónicamente sobre este mismo tema y fue él quien me animó a recoger más datos sobre Fray Daniel y Fray Aurelio, para la realización de este artículo, que dedico especialmente a su memoria.

Mi agradecimiento a los familiares de Daniel y Aurelio, por compartir conmigo sus recuerdos.